

alejandro ortiz rescaniere (lima 1941) es doctor en antropología y profesor principal en la pup. en su bibliografía encontramos, entre otros: *la pareja y el mito. estudios sobre las concepciones de la persona y de la pareja en los andes*. *josé maría arguedas, recuerdos de una amistad*. *hwarochiri, 400 años después, de adaneva a inkari (una visión indígena del Perú)*. los relatos que siguen pertenecen al libro *el señor de los temblores*.

alejandroortizrescaniere

b e t t y

El forado del sombrero azulado de María Luisa deja ver la cabellera rubia. La fuerza del viento levanta el velillo. Viene la chica para servirle té cuando descubre el rostro inanimado de la dama.

Estamos en 1930, otoño, en un jardín georgiano. La prensa especula: «¿Fue la chica, o fue el hijo mayor al tomar conciencia de las repercusiones del gran crac económico?»

Estamos en 1945. Betty —la chica— recobra la libertad. Es enrolada en Panagra como azafata. Al año ocurre el accidente: se enamora de un pasajero sudamericano. Perdió el puesto aéreo; ganó al sureño.

Los nuevos amantes suben por los peldaños helicoidales. Betty taconeá la chonta. En los lumbrales del apartamento acomoda los *panquekes* de aeromoza nórdica.

Nueve de la mañana; diciembre antártico. Betty bosteza al entorno que domina. Acaricia las vesículas de su amante:

—Ángel, tus vesículas necesitan la perla.

—Sí, dame la píldora estimulante —gruñe el latino.

Ángel nota algo de atávico en las pupilas de la exazafata.

—La perla estimulante me sume en el letargo.

—Ja, ja, ja —ríe ella.

La convulsión ocasionada por la hilaridad provocó la caída de un bigudi sobre el azafate: las píldoras saltaron sobre los ojos horrorizados de Ángel ante el signo inconfundible de la muerte.

No tenemos el legajo del proceso. Sólo sabemos que Betty fué fusilada: tres forados en la frente y un grito en inglés.

e s l a h o r a

Es la hora de la noche. Los faroles desfallecen como oros roídos por sus manos. El velo deja ver un emplumado: Venus brilla sobre el rostro terroso.

Es la hora de los mirlos. La abadesa despierta en país neutral. La palma de la mano esconde el plumaje de su manto. Para calmarlos, coge uno y se lo come. No produce el efecto buscado: los mirlos se agitan más, gracias al espacio dejado por el sacrificado. Es un momento canallesco.

La abadesa reza de vergüenza: los pájaros escaparon su velo levantado. No es que fuera feo lo de adentro pero sonrosó al ver lo que no conocía: el hogar de los pájaros. Terminado el rezo se siente desalterada. Toma el auricular; llama al secretario del país neutral:

—Habla la abadesa.

—Mande, embajadora.

—Su país está turbado por aires liberales.

—¿Algo de ello ha observado?

—Los mirlos que abrigaba han fugado.

—En el acto ordeno una redada.

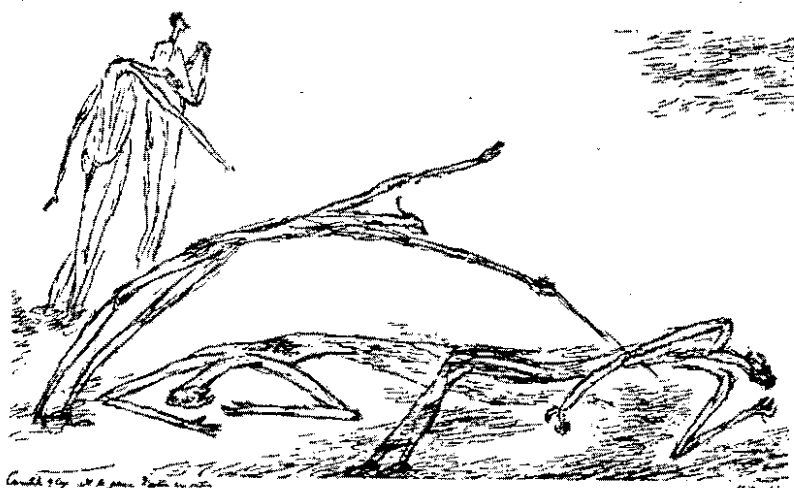
—No es necesario, mi estimado secretario; yo los busco personalmente.

—...

—Sólo quería ante usted protestar; su país tiene la neutralidad quebrantada—. La abadesa cuelga, ahogando las excusas del secretario. Va al balcón y espera la tarde.

El sol se hundía entre las lomas. El naufragio rayaba los territorios parciales. Los mirlos presintieron el espanto de las sombras: regresaron volando. Desde el balcón, la abadesa les alzó el manto. Pero, como habían probado el remolino del libre albedrío, no quisieron retomar al *status quo ante*: a picotazos mataron a la religiosa. Luego, se refugiaron entre los pliegues ensangrentados del nido. Los mirlos animaron los restos.

En las tardes, desde el balcón, llama el espectro; los mirlos asesinan, ebrios de libertad, la aurora de sí mismos.



d i s o l v e n t e

Dios de la oscuridad, el chivo expiatorio, es atravesado por la espada de la luna. Sangra su blanca apertura. Amanece.

La mujer posa supina ante el guerrero expiatorio. La mujer le pide ser fotografiada. Pero, el belicoso es fotógrafo en el sentido que la dama desconoce. Sospechando una decepción, ella lo muerde, y por ello, pierde la dentición (el guerrero era de acero). La desdentada clama:

- ¡Quiero un canibal!
- Aquí me tienes —propone el chivo votivo.
- Pero, tú eres blanco y rico.
- Son peros, no mi esencia.

La desdentada abre la boca y cierra los ojos. Es presa de sus deseos. Cuando despierta, es la ruina de los mismos: labios sin cejas, lunar sin continente. Un antropófago más y de ella no quedará na, na.